

Benjamín Martín Sánchez

**VAMOS
DE
CAMINO**



- I - Brevedad de la vida**
- II - El tiempo**
- III - La eternidad**
- IV - Pensamientos saludables**



APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 44
41003 - SEVILLA

Con las debidas licencias

Depósito Legal: B-36571-1993
ISBN: 84-7693-257-X

Impreso en España

EL PORQUE DE ESTE LIBRO

Varias veces he estado a las puertas de la muerte. Recuerdo dos principales: Una en tiempo de la guerra civil española cuando en el campo de batalla me silbaban las balas pasando junto a mi cabeza, sin saber a que lado inclinarla para no tropezar con ellas, y en circunstancias en que vi caer a mi lado a muchos y yo pude haber sido uno de ellos, y otra vez fue hace poco al ser atropellado por una moto que me partió un brazo y tuvieron que darme diez puntos en la cabeza.

Con motivo de esta caída, que pudo ser mortal en el acto, me he acordado muchas veces de las palabras de David dirigirles a su amigo Jonatán: *"Sólo hay un paso entre mi y la muerte"* (1 Sam. 20,3).

Yo salí de casa momentos antes de comer, diciendo: "Hasta dentro de un poco"; mas "el hombre propone y Dios dispone", pues a los pocos minutos me atropelló en una calle la moto, y no pude volver a casa, porque los que pasaron por donde estaba caído, me hicieron subir en su coche y me trasladaron a una Residencia Sanitaria.

Entonces, al ver que pude haberme quedado muerto en el acto y haber entrado en la eternidad, y cuando menos lo pensaba, ¡para siempre!, me vino con insistencia este pensamiento: ¿Por qué no pensar con frecuencia en el más allá si esta vida la

hemos de dejar pronto y cuando menos lo pensemos?

Ya llevaba yo reflexionando muchas veces sobre estas ideas, mas ante el golpe recibido y reconocer que ya podía haber desaparecido de la vista de todos, concebí escribir este libro con el título que lleva: ¡VAMOS DE CAMINO! para contribuir a que todos tengan muy presente qué es la vida, qué es el tiempo y qué es la eternidad, y aquí lo tenéis juntamente con una última parte que titulo: *Pensamientos saludables*”

¿Por qué no pensar que podemos pasar de un momento a otro de la vida presente a la futura eterna? ¿No podrá sucedernos que tal vez hoy o mañana no lleguemos a la noche, o que una vez saldremos de casa y acaso para no volver a ella jamás? ¿Por qué no tener siempre presentes estas palabras de Cristo: “*Estad preparados porque en la hora que menos pensemos vendrá el Hijo del hombre*”? (Lc. 12,40).

Que estos pensamientos que he escrito a la luz de la Biblia, te sirvan para tu frecuente meditación (máxime en días de *retiro espiritual*), y te hagan vivir más sabiamente. Este es mi deseo.

Benjamín Martín Sánchez

Zamora 31 marzo 1981

I — LA VIDA PRESENTE

¿A dónde caminamos?

Somos peregrinos y viajeros sobre la tierra (Heb. 11,13) No tenemos aquí una ciudad fija, si no que vamos en busca de una que es eterna (Heb. 13,14). El aspecto de este mundo pasa rápidamente (1 Cor. 7,31). Las cosas a que estamos apegados, muy pronto las hemos de dejar a otro. Ante este pensamiento, nuestro contento debiera estar, como dice San Pablo, en tener lo suficiente para comer y vestir, pues nada trajimos al mundo y nada podemos llevarnos de él (1 Tim. 6,6-8).

Es un hecho cierto que hay un ansia de vivir esta vida terrena y de “asentarse” en ella para siempre, gozando de las riquezas, honores y placeres del mundo; pero ¿qué sucede? que *el hombre pasa como una sombra; en vano anda agitado, amontona sin saber para quien (Sal. 39,7).*

La Escritura Santa, que es la Palabra de Dios, hace esta pregunta: ¿“*Qué es nuestra vida*”? y contesta: *Es un vapor que se desvanece (Sant. 4,5) ¿No se acabará en breve el corto número de mis días? ... Mi vida es un soplo (Job 10,20; 7,7).* La vida es corta y está siempre amenazada por la muerte: *En la hora en que menos lo penséis...*” (Lc. 12,40).

Entramos en la vida presente con la ley de abandonarla. Venimos a representar un papel

más o menos corto en la escena de este mundo... y después hemos de desaparecer. Veo a algunos que mueren y que pasan delante de mí. más otros presto me verán pasar...

Pasa una generación y otra le sucede, y la tierra permanece para siempre (con relación a las generaciones que pasan) (Ecl. 1,4). Palacios, fincas de recreo, ciudades, casas, tierras, oro y plata, decidme: ¿Cuántos dueños habéis tenido? ¿Cuántos tendréis todavía...?

En la puerta del Cementerio de Orense, vi yo un día esta inscripción: "El término de la vida aquí lo véis, el destino del alma, según obréis". Con la muerte terminan las cosas de esta vida; más el alma inmortal sigue viviendo, pues *"Dios creó al hombre para la inmortalidad"* (Sab. 2,23). En el más allá de la muerte tenemos una ciudad estable. Como nos dice el apóstol: *Somos peregrinos y huéspedes sobre la tierra... No tenemos aquí, como hemos dicho, una ciudad fija, sino que vamos en busca de una que es eterna* (Heb. 11,13; 13,14).

Brevedad de la vida

¿Cuántos son los años de nuestra vida? El salmista nos dice que son 70, los más robustos llegan a 80; pero también los años de la robustez son apariencia (achaques), una nada, porque pasan aprisa y vuelan (Sal. 90,10), es decir, lo que se vive más allá de los 80 es trabajo y dolor.

¿Qué hay que descontar en estos años de vida? El tiempo de la infancia y del sueño, porque en la infancia se vive una vida irracional más bien que de hombre, porque no obramos guiados por la razón, de la que no tenemos uso, sino impulsados por el instinto, y en el sueño parecemos más muertos que vivos, ya que no se tiene el uso ni de la razón ni de los sentidos. Así se nos viene a pasar la tercera parte de la vida.

Aunque lleguemos a ochenta años, cosa incierta y nada probable, ¿quién no ve que siempre será corto el tiempo de nuestra vida? ¿Y no es una gran pena desperdiciar el tiempo siendo éste tan corto y tan precioso?

El Sabio dice cuán breve es la vida del hombre considerada a la luz de la eternidad, pues viene a decirnos que *“el número de los días del hombre, a más tirar, son cien años, y, comparados con la eternidad, son menos que una gota de agua comparada con todo el mar”* (Eclo. 18,8) porque así como toda la tierra comparada con el cielo no es más que un punto, así todo el tiempo de nuestra vida en un momento comparado con la eternidad.

Los condenados en el infierno, atendiendo a la eternidad de sus penas, conocen esta verdad y dicen por boca del Sabio: *¿“De qué nos sirvió nuestra soberbia o la vanidad de nuestras riquezas? Pasaron como sombra todas aquellas cosas, y como mensajero que pasa corriendo, o cual nave que surca las aguas del mar, de cuyo paso no es posible*

hallar huella, o como ave que vuela a través del aire, sin que se encuentre señal de su paso..., como una flecha disparada contra el blanco; corta el aire, y luego éste se reúne, sin que se conozca por donde pasó. Así también nosotros, apenas nacidos, dejamos de ser, sin poder mostrar señal alguna de virtud (Sab. 5,8 - 13).

¿Por qué causa quiso Dios que la vida del hombre sobre la tierra fuese tan breve? Sin duda para que al reconocer su brevedad, aspirásemos más fácilmente a la eternidad feliz prometida a cuantos obran el bien, y al ver que la vida presente no es más que una continua guerra, un destierro y un conjunto de miserias, no deberíamos sentir mucho, antes bien alegrarnos de salir pronto de ella para ir al cielo, que es nuestra verdadera patria, y debiera también causarnos alegría al ver cómo Dios ha dispuesto que el tiempo del trabajo y de la prueba sea tan breve y tan largo el de la recompensa.

Incertidumbre de la vida humana

Una penosa tarea se impuso a todo hombre, y un pesado yugo oprime a los hijos de Adán desde el día en que salen del seno de su madre hasta el día en que vuelven a la tierra, madre de todos; los pensamientos y los temores de su corazón, y la continua espera del día de su muerte... (Eclo. 40, 1-2).

Al considerar el poco tiempo que vivimos parece

que sería más tolerable si de él hubiese certidumbre, vg. si uno supiera que iba a durar cincuenta, sesenta o más años; pero no es así, porque, como dice el Sabio, *“El hombre no conoce la hora de su muerte, pues así como los peces son capturados en la red y las aves en el lazo, así se enredan los hombres en el tiempo aciago que los sobrecoge de repente”* (Ecl. 9,12).

Nuestra vida presente es efímera y fugaz, *“es el paso de una sombra”* (Sab. 2,5); *“el aspecto de este mundo pasa rápidamente”* (1 Cor. 7,31), y tan velozmente pasa que la Escritura lo compara al humo, que aparece y al momento se disipa (Sant. 4, 14), al agua de un río que siempre corre y nunca para...

También lo compara a la flor del campo, a la nada... y así lo dice el profeta Isaías: *“Toda carne—todo hombre— es heno y toda su gloria como la flor de los campos, que se seca y se marchita”* (Is. 40,6). Otro pensamiento similar es el del Salmista: *El hombre es como la hierba que se marchita, florece y se renueva por la mañana y por la tarde la siegan y se seca* (Sal. 90, 5-6).

No hay cosa más cierta que tener que morir, ni más incierto que el día y la hora en que hemos de morir; de aquí que la muerte se compare a un ladrón, que asalta de noche cuando menos lo pensemos (1 Tes. 5,2).

Siendo el fin de nuestra vida tan incierto, ¿no sería temerario vivir con seguridad de gozar de

una larga vida? Por eso Jesucristo nos repite varias veces que velemos: *Estad preparados, porque a la hora que menos penséis vendrá el Hijo del hombre* (Lc. 12,40).

Observemos como en las fortalezas y cuarteles se ponen guardias y centinelas continuas, y ¿por qué? Porque no se sabe la hora del asalto del enemigo, pues de saberse, los soldados tomarían algún alivio y reposo. Al estar cada uno de nosotros en la misma incertidumbre, ¿por qué no estaremos así velando?

Nuestra alma es más preciosa que todas las ciudadelas y fortalezas del mundo, pues si consideramos el precio con que fue redimida, no vale menos que los ángeles. Además tenemos que los enemigos del alma son muchos y astutos y la están acechando de continuo, y por eso la Escritura Santa nos dice que no seamos semejantes a las vírgenes necias... no sea que se nos cierre la puerta del cielo y tengamos que oír: *En verdad os digo que no os conozco* (mt. 25,12).

“Dios, dice San Agustín, os promete que el día en que a El volváis, olvidará los pecados que hayáis cometido; pero jamás promete el día de mañana. El último día está oculto, para hacer santificar todôs los días (Hom. 13).

Como ignoramos completamente el año, el mes, la semana, el día y la hora de nuestra muerte, es menester estar locos para no emplear los instantes, las horas, los días y años en disponernos a la muer-

te. Si estuviéramos ciertos de vivir larga vida, ¿acaso no caeríamos más fácilmente en pecados graves y dilataríamos la penitencia para la vejez? Por el contrario su incertidumbre debe estimularnos más al arrepentimiento y a llevar una vida virtuosa y santa.

La vida pasa

Recuerde el alma dormida,
avive el sexo y despierte
contemplando
cómo se pasa la vida
cómo se viene la muerte
tan callando.

Cuán presto se va el placer,
cómo después de acordado
da dolor,
cómo a nuestro parecer
cualquiera tiempo pasado
fue mejor.

Pues que vemos lo presente
como en un punto se es ido
y acabado,
si juzgamos sabiamente
daremos lo no venido
por pasado.

No se engañe nadie no,
pensando que ha de durar
lo que espera,
más que duró lo que vio,
pues que todo ha de pasar
por tal manera.

Nuestras vidas son los ríos
que van a dar en la mar
que es el morir,
allá van los señoríos
derechos a se acabar
y consumir.

Este mundo es el camino
para el otro que es morada
sin pesar,
mas cumple tener buen tino
para andar esta jornada
sin errar.

Jorge Manrique

¿Qué es nuestra vida? “humo que aparece un momento y al punto se disipa” (Sant. 4, 14), o como dice el poeta: “¿Qué es nuestra vida más que un breve día, do apenas sale el sol cuando se pierde en las tinieblas de la noche fría?

La muerte es inevitable

¿Quién es el hombre que vive y no verá la muerte? (Sal. 88,49) Está establecido que los hombres mueran una sola vez... (Heb. 9,27) Por un hombre entró el pecado en el mundo y por el pecado la muerte... Rom. 5,12).

Dios no hizo la muerte ni se goza en la pérdida de los vivientes...; los impíos la llaman con sus obras y palabras... y por autores de ella merecen ser tenidos (Sab. 1,13-16). La muerte es una consecuencia del pecado.

La Escritura Santa nos revela que sólo después del pecado de Adán. Dios dio esta sentencia para sus descendientes: *"Polvo eres y al polvo volverás..."* (Gén. 3,19).

El hombre no tiene poder sobre el espíritu para detenerle, ni tiene poder sobre el día de la muerte (Ecl. 8,8) La muerte es una poderosa dominadora que manda a todos los hombres, y sabe hacerse obedecer. Quiero que nos preparemos a recibirla, y que todos los hombres estén siempre prontos y dispuestos para cuando llegue; pero ella no espera a nadie.

La muerte llama en el tiempo marcado, y hemos de seguirla en el acto... ¡Triste del pecador, del incrédulo y del impío! No pueden resistir a la muerte. y ¡quieren resistir a Dios, que es eterno, infinito, omnipotente...!

Como vestido se envejece toda carne, esto es,

todo hombre, *porque ésta es la ley desde el principio: que has de morir... Como las hojas verdes de un árbol frondoso, que unas caen y otras brotan, así es la generación de la carne y de la sangre; unos mueren y otros nacen. Toda obra humana al fin se acaba* (Eclo. 14,18-20)

La muerte está próxima

Acuérdate de que la muerte no tarda y no sabes cuando vendrá. Antes de tu muerte haz bien a tu prójimo, y según tus posibilidades ábrele tu mano y dale... Mira que tienes que dejar lo tuyo para otros, y tu hacienda se la distribuirán tus herederos (Eclo. 14,12-15).

Nuestra vida se parece a un viaje por mar. El que boga sobre las olas, está de pie, se sienta o se echa; pero siempre adelanta, arrastrado por el buque. Tal es nuestra vida; ya velemos o durmamos, ya hablemos o guardemos silencio, ya andemos o descansenmos en nuestra cama, de grado o por fuerza, nos acercamos cada día y a cada instante al término en que nos aguarda la muerte” (S. Greg. M.).

Dice una copla popular: “Desde el día que nacemos, a la muerte caminamos; no hay cosa que más se olvide, ni que más cerca tengamos. “La figura de este mundo pasa”. dice el apóstol (1 Cor. 7,31) Todo pasa rápidamente... Todo prueba nuestra nada...

Concepto cristiano de la muerte

La Escritura Santa nos dice que “Dios creó al hombre para la inmortalidad” (Sab. 2,23) y que “no tenemos aquí una ciudad fija, si no que vamos en busca de una que es eterna” (Heb. 13,14), y por eso La Liturgia en la Misa de Difuntos nos dice: “La vida no termina, se transforma, y disuelta nuestra morada terrenal, conseguimos una mansión eterna en el cielo”. El cristiano muda la vida presente por otra mejor. La muerte es el punto final de la vida mortal y principio de la vida inmortal.

Para el cristiano, la muerte no es el término de la vida. Es el comienzo feliz de una nueva existencia. “Con la muerte pasamos a la inmortalidad; no podemos llegar a la vida eterna sin salir de ésta vida, la muerte no es una muerte, es un tránsito” (S. Cipriano).

Jesucristo nos dice que nuestra alma es inmortal, porque nadie puede matarla (Mt. 10,28). Los santos, como un San Pablo, tenían ganas de quedar libres del cuerpo “para estar con Cristo” (Fil. 1,23).

“En la tierra, dice San Bernardo, el justo muere lleno de días, y aparece allá donde se encuentra la plenitud de los días”.

Es de fe que las almas de todos los santos... *inmediatamente después de la muerte* (y de su purificación si la necesitan), antes de la resurrección de los muertos y del juicio final... ven la esencia divina... y las almas de los que mueren en pecado

mortal, inmediatamente después de la muerte, descienden al infierno donde son atormentadas” (Defin. Bend. XII. Dz. 530-1).

Después de la muerte hay un juicio divino, al que siguen el cielo o el infierno eternos. *“Está establecido morir una vez, y después de esto el juicio”* (Heb. 9,27). *Todos hemos de comparecer ante el tribunal de Cristo para que reciba cada uno, según lo que hubiera hecho por el cuerpo, bueno o malo”* (2 Cor. 5,10). *Es fácil al Señor dar a cada uno lo que merece y retribuirle según sus caminos* (Ecl. 11,28). *Dios ha de juzgarlo todo, aún lo oculto, y toda acción, sea buena sea mala* (Ecl. 3,17).

Además del juicio particular, hay otro al final del mundo, y entonces “todos los que están en los sepulcros saldrán: para la resurrección de vida los que obraron el bien, y para resurrección de condenación los que obraron el mal” (Jn. 5,28) (Al hablar de la eternidad hablaremos del cielo y del infierno).

Lecciones de cuatro Cardenales

1. *El cardenal Baronio* puso en su anillo esta inscripción: *“Memento mori”*: acuérdate que has de morir. Tengámosla presente también nosotros.

2. *Carlos Barromeo*. Este santo Cardenal de Milán solía tener sobre su mesa una calavera...; y para que no se tuviera miedo a la muerte, le puso

una llave de oro a un esqueleto humano, indicando que ella nos abría la puerta del cielo.

3. *El cardenal Portocarrero*, para recordarnos en que viene a parar nuestro cuerpo, mandó poner sobre su sepultura (que está bajo el pavimento por donde pasan los transeúntes de la Catedral de Toledo), sólo estas palabras: *pulvis, cinis, nihil*: polvo, ceniza, nada.

4. *El cardenal Richelieu* estaba bastante apegado a las obras de arte..., al morir, contemplándolas, decía apenado: ¿De quién serán estas cosas...? Reflexiona tu ahora y dí: ¿A qué manos irán a parar todas mis cosas? ¡Cuántos afanes inútiles!

Ejemplos de Santos ante la muerte

- *San Pablo*: “Tengo ganas de quedar libre (del cuerpo) para estar con Cristo” (Fil 1, 23).
- *San Cipriano* al oír la sentencia de muerte que contra él fulminaron, exclamó: “Doy gracias al Dios omnipotente que se digna libertarme de las cadenas del cuerpo”.
- *San Esteban*, según comenta San Gregorio Nacianceno, en el momento de su muerte, nada veía de lo que pasaba a su alrededor, pero veía a Jesucristo.

- *San Ambrosio* decía: “No he vivido para temer la muerte; y no la temo porque el Señor es bueno”.
- *San Jerónimo* exclamaba: “¡Ay, qué larga ha sido mi peregrinación! Mi alma os desea, Dios mío, como el ciervo que corre sediento a un manantial de agua viva”.
- *San Francisco de Asís* decía: “Sacad, Señor, mi alma de su cárcel, para que alabe vuestro nombre...” (Hst. Eccl.).

Y el doctor eximio, *P. Francisco Suárez*, en el momento de su muerte, se le oyó exclamar: “Una cosa no sabía, ¡que fuera tan dulce el morir!”.

Recordemos el verso de *Santa Teresa de Jesús* en el que se ve cómo anhelaba, cual otro San Pablo, ser desatada del cuerpo para estar con Cristo:

¡Qué larga es esta vida,
qué duros estos destierros,
esta cárcel y estos hierros,
en que el alma está metida!
Sólo esperar la salida
me causa un dolor tan fiero,
que muero porque no muero.

Ciertamente, diremos con el salmista: “es cosa preciosa a los ojos del Señor la muerte de los justos” (115, 15).

Pensemos en la muerte

No pensar en la muerte es una locura. “Cuando llegue el día de nuestra muerte, dice San Gregorio Magno, ¿de qué nos servirá lo que hemos buscado con tanto afán? No busquemos honores ni riquezas, puesto que habremos de abandonarlos. Si queremos bienes, busquemos y amemos los que hemos de poseer siempre; si tememos los males, temamos los que sufren los réprobos, que no tendrán fin” (Lib. 4 espist. ad And.).

Como ya hemos dicho, el hombre reúne tesoros y no sabe para quién allega todo aquello...; sus riquezas pasarán a extraños..., y al morir ¿cuál será su expresión? Todos los avaros y enamorados de este mundo pronunciarán las palabras de Agag: “¡Una muerte llena de amarguras va a separarme de todo!” (1 Sam 15, 32).

“¡Oh muerte, cuán amarga es tu memoria para el hombre que se siente satisfecho con sus riquezas; para el hombre a quien todo le sonrío y en todo próspera y que aún puede disfrutar de los placeres!” (Ecli. 41, 1).

Parábola de Jesucristo a los ricos: Al rico apegado a sus riquezas, al que se cree eterno sobre la tierra, le hará mucho bien su meditación:

“Había un hombre rico, cuyas tierras le dieron gran cosecha. Comenzó él a pensar dentro de sí, diciendo: ¿Qué haré, pues no tengo dónde encerrar mi cosecha? Y dijo: Ya sé lo que voy a hacer; de-

moleré mis graneros y los haré más grandes, y almacenaré en ellos todo mi grano y mis bienes, y diré a mi alma: Alma, tienes muchos bienes almacenados para muchos años; descansa, come, bebe, regálate. Pero Dios le dijo: Insensato, esta misma noche te pedirán el alma, y todo lo que has acumulado, ¿para quién será? Así será el que atesora para sí y no es rico ante Dios” (Lc 12, 16-21)... Guardaos de toda avaricia, porque aunque se tenga mucho, no está la vida o felicidad en la hacienda...

La muerte es fin del tiempo y principio de la eternidad... La muerte es un adiós para siempre a las riquezas, a los negocios de este mundo, a las honras y a los placeres... Todas las cosas de esta vida si no se encaminan hacia la eterna, son vanidad... “pasarán como sombra” (Sab 5, 9).

¡Cuán saludable es el pensamiento de la muerte!

El pensamiento de la muerte es muy ventajoso, porque el que piensa con frecuencia que ha de morir, no apega su corazón a las cosas de este mundo, y sabe hacer buen uso de sus bienes en provecho suyo y de los demás...

Séneca, filósofo pagano, dijo: “Nada os será más útil para adquirir templanza en todas las cosas, como el frecuente pensamiento de la brevedad del tiempo y su incertidumbre. En todos vuestros negocios dad una mirada a la muerte” (Epist. 13).

Consecuencia

¿Quién es el más feliz y prudente? Kempis responde: “Es bienaventurado y prudente el que vive de tal modo, cual desea le halle Dios a la hora de la muerte”

Y San Bernardo dice: “Podéis morir de un momento a otro... La muerte os espera en todas partes; pero si sois prudentes, en todas partes la esperaréis vosotros”.

El hombre más feliz en este mundo es el cumplidor de los mandamientos de Dios, el que aprende a vivir sabiendo morir, el que tiene su corazón desprendido de las cosas terrenas que ha de dejar a la hora de la muerte, y todo lo encamina a las inmutables y eternas.

No temas el fallo de la muerte; acuérdate de los que te precedieron y de los que te seguirán, y que éste es el juicio del Señor sobre toda carne (Ecli. 41, 5).

Mientras disponemos de tiempo obremos el bien (Gál. 6, 10).

Hay tres muertes, dice el cardenal Hugo, la que procede de la naturaleza, la que procede del pecado y la que procede de la gracia. Con la primera muere el cuerpo, con la segunda el alma, y con la tercera el hombre entero.

La primera separa el alma del cuerpo. la segunda separa el alma de la gracia, y la tercera separa el hombre entero de los estorbos del siglo.

La primera muerte es la de todos; la segunda la de los pecadores, y la tercera de los buenos.

La primera nos sepulta en la tierra; la segunda nos sumerge en el infierno, y la tercera nos hace volar al cielo.

De la primera dice el Eclesiástico: “¡Oh muerte, qué amargo es tu recuerdo!” (Ecli 41, 1).

De la segunda dice el salmista: “La muerte de los pecadores es pésima” (34, 22).

Y de la tercera se ha dicho: “Muera yo la muerte de los justos” (Núm. 23, 10). “Es cosa preciosa a los ojos de Dios la muerte de los justos” (sal 115, 15).

“Bienaventurados los que mueren en el Señor...” Bienaventurados los que van muriendo al mundo, a la vanidad, al pecado...

Para saber vivir bien

Para saber vivir bien hay que aprender a morir... La muerte es fruto del pecado... y ahora la muerte debe ser freno o remedio del pecado: “*Acuérdate de los novísimos, o sea, de tus postrimerías y no pecarás jamás*” Eclo. 7,40). Muerte, juicio, infierno y gloria, ten cristiano en tu memoria. “De los novísimos”, dijo Pablo VI, hablan pocos y poco”. Procuremos hablar todos algo más y meditar estas verdades eternas.

Muerte..., rendición de cuentas... Este pensamiento para un cristiano es muy saludable, por-

que nos mueve a vivir preparados y a llevar una vida santa y edificante.

Resumiendo cuanto llevamos dicho, meditemos en estas cuatro lecciones de la muerte:

1.^a *Yo vendré y tu morirás*. “Morirás”, quieras o no quieras, aunque te consideres joven y goces de salud... *Decretado está*... soy un condenado a muerte, un emplazado para una fecha más o menos lejana, pero cierta. No podemos revocar la sentencia de la muerte... Vete al cementerio y pregunta donde están los sabios de hace un siglo... Todos los días cadáveres al cementerio...

2.^a *Yo te sorprenderé*... En la hora en que menos penséis... ¿En la juventud, en la ancianidad? ¿En el curso de este año, de esta semana? En todos los pueblos y en todas las parroquias hay dos libros: uno de nacimientos y otro de defunciones... Mi nombre está escrito en el primer libro, ¿cuándo estará en el segundo? ¿Cuándo me sorprenderá la muerte? ...Cuando estés con más proyectos... Recordemos lo del poeta: “Pensando a un tiempo y andando, en un cementerio di, sin saber cómo ni cuándo, y es que el hombre para allí cuando mejor va pensando...”

3.^a *Yo te despojaré*... y de todas las cosas... La muerte me separará del lugar y de las personas con quienes convivo... Como dice el santo Job: “Desnudo salí del vientre de mi madre y desnudo volveré a la tierra...” La muerte me despojará de todos los bienes que poseo. “¡Oh muerte, cuán amarga

es tu memoria al hombre que vive en paz con sus riquezas!” (Eclo. 41,1)... Si la muerte nos va a despojar pronto de todo, ¿cómo hemos de vivir, si no desprendidos de lo que hemos de dejar?... Mira por donde has de pasar: fíjate en ese que agoniza... poco después cadáver descompuesto... acompañamiento... Desapareció la escena... ¡Dios mío, qué solos se quedan los muertos!

4.^a *Yo soy el eco de la vida*, es decir, *qualis vita, finis ita*, cual es la vida tal es la muerte. Si la vida es de pecado, así será la muerte, y si es virtuosa y santa, así será también la muerte... Lo que el hombre siembra en esta vida, eso recogerá al fin de la misma... Luego debo estar preparado, y si estoy en pecado debo cambiar de vida mediante el arrepentimiento y confesión de mis culpas. Estad preparados, porque en la hora que menos penséis vendrá la muerte, como ladrón que no avisa de su venida.

Acordaos de que la muerte no tarda Eclo. 14, 12). *El fin llega, ya llega el fin” dice el profeta Ezequiel (7,2). Dispón de las cosas de tu casa, porque vas a morir y te hallas al fin de la vida* (Is. 38,1).

La muerte de los pecadores es pésima (Sal. 34, 22); mas *“la muerte de los santos es preciosa a los ojos del Señor”* (Sal. 116.15).

II – EL TIEMPO Y SU VALOR

Brevedad del tiempo

El tiempo es breve, el aspecto de este mundo pasa rápidamente (1 Cor. 7.29.31). Mis cortos años están contados y ando un camino por el cual no volveré nunca (Job 16, 23).

¿Qué es el tiempo? La Sagrada Escritura lo compara al *humo* que aparece en un momento y al punto se disipa (Sant. 4, 14), y también lo compara a una *gota de rocío* que al levantarse el sol se evapora, a una flor que se marchita.

El hombre nacido de mujer vive corto tiempo, está repleto de muchas miserias; brota como una flor y se marchita (Job 14, 1). El paso de una sombra es nuestra vida (Sab. 2,5).

Los años pasan y se suceden... Pasó un año para no volver. Pronto pasaremos éste y volveremos a empezar otro nuevo años, que pasará rápidamente. ¡Año nuevo, vida nueva! ¡Cuántas veces en nuestra vida hemos repetido y oímos repetir lo mismo!

Pero ¿cambiamos de costumbres? ¿Empezamos de hecho a ser mejores? ¡Cuántos santos en futuro, pero pecadores en realidad!

¿Qué es el tiempo? No es tan fácil dar una definición de él. San Agustín contesta: “Si nadie me pregunta, lo sé; pero si quiero explicarlo al que me pregunta, no lo sé. Lo que si digo sin vacilación es que sé que si nada pasase, no habría tiempo pasado; y si nada sucediese, no habría tiempo futuro; y si nada existiese, no habría tiempo presente. Pero aquellos dos tiempos, pretérito y futuro, ¿cómo pueden ser, si el pretérito ya no es y el futuro todavía no es?

Y en cuanto al presente, si fuese siempre presente y no pasase a ser pretérito, ¿cómo decimos que existe éste, cuya causa o razón de ser está en dejar de ser, de tal modo que no podemos decir con verdad que existe el tiempo sino en cuanto tiende a no ser?” (Conf. 1.2.c.14).

Como podemos ver, la esencia del tiempo consiste en pasar, es decir, en perecer constantemente... El tiempo todo lo trae y todo lo lleva y hace desaparecer; más cabe preguntar: El tiempo ¿es algo externo o interno a las cosas? Muchos opinan que es algo interno a las mismas y como una propiedad suya, pues la razón de haber tiempo es porque hay cosas, y en el momento de dejar de ser mudables, si pasasen a estables, cesaría el tiempo. Y así dice la Escritura: *Tus años duran por todas las generaciones. El cielo y la tierra, obra de tus*

manos, van pasando, más Tu permaneces, Tu siempre el mismo, mientras todo envejece como un vestido... Tu siempre el mismo, tus días no tienen fin (Sal. 102, 27-29).

Lo cierto es que pasaremos con el tiempo o el tiempo con nosotros. ¡Cuántas veces decimos: ¡Vamos a pasar el tiempo! Es verdad lo pasamos, pero ¿pensamos que pasamos con él? Reconociendo que Dios nos lo da para merecer, nuestro deber es emplearlo en hacer el bien.

Palabras sabias de Pablo VI

“El tiempo es la medida de los acontecimientos que se suceden. Es la medida de la vida presente, una medida que infunde temor, porque nos hace ver que el ayer no existe ya, que el mañana no existe todavía, que no existe más que el hoy; es más: existe tan sólo el instante presente.

Vivimos tan sólo sobre un puente movable o un sólo instante fugitivo. Y esto nos lleva a vivir en razonable intensidad este instante actual, del cual somos únicos dueños, en el cual se da la única experiencia nuestra de la vida presente.

Esto nos enseña el valor del tiempo, nos enseña a no perderlo, a emplearlo en cosas útiles y buenas, en cosas que dan sentido a la vida, su valor. Cada hora es preciosa, cada día es único, cada año vale por sí.

¿Por qué vivimos? Vivimos en esta forma fugaz

y efímera, para alcanzar una forma de vida plena y permanente: la vida eterna. Esta vida de hoy, si bien instantánea y pasajera, condiciona la vida del futuro más allá de la jornada temporal. Es una vigilia, una prueba. El Señor nos exhorta a aprovecharnos de nuestra jornada terrenal para alcanzar aquella otra sin ocaso.

Nuestros votos por el año nuevo: que sea bueno, activo, feliz; que no pase un día sin el cumplimiento, al menos, de una obra buena; que no venga la noche sin que la conciencia juzgue y rectifique nuestra tarea. Debemos progresar, no distraídos e inconscientes, sino como gente que piensa su camino, como dice Dante. Así, hermanos, que María la estrella de mañana, oriente y haga bueno, feliz el año que comenzó" (Pablo VI. 1.º enero 1972).

¡Cómo pasa el tiempo!

El tiempo pasa rápidamente. El trae presto la vejez, la decrepitud, la muerte, el fin de todo... El nos trae a nosotros al mundo y pronto también nos hará desaparecer de él. Todos entramos en la vida presente con la ley de abandonarla.

El tiempo es una escena de teatro en la que se cuentan las fábulas de esta vida: los hombres son los actores, entran y salen; y el lugar del teatro es la tierra. Las generaciones pasan y se suceden. Hay dos puertas en esta escena, la puerta del nacimiento y la puerta de la muerte. Cada actor desempeña un

papel; el que representa a un rey, deja muy pronto los vestidos de púrpura, y lo mismo sucede con los demás. Esta comedia acaba enseguida...

“El hombre nace, vive un momento y muere, y con su muerte cede su lugar a otro que pronto morirá también (S. Agustín).

“Acordémonos de que el tiempo es corto y de que el juicio de Dios está a nuestra puerta” (S.J. Crisóstomo).

“El tiempo no es más que una corrida hacia la muerte. Morimos cada día, porque cada día perdemos una parte de nuestra vida; creciendo, decrecemos, y partimos con la muerte al día que creemos disfrutar por entero. Así, al entrar en la vida, ya empezamos a andar hacia la muerte y a salir de la vida” (S. Agustín).

La vida es más breve de lo que juzgamos. ¿Has pensado que el sueño resta la vida? Dale “el necesario” al cuerpo, ¡sólo el necesario! ..’ El demasiado sueño, además de restar la vida, la corrompe... Lo cómodo y muelle afemina y enerva.

El tiempo que hemos vivido ya ha pasado, y el que nos queda de vida pasará en breve y pasará ¡para siempre! Piensa en esto: ¡Se vive una sola vez! ¿Por qué, pues, no pensar en deshacer errores y en evitarlos?

¿Cuánto vale el tiempo?

El tiempo, dicen los comerciantes, es oro, porque

con él se adquieren riquezas...; mas para el cristiano es más que el oro. Es la moneda con la cual hemos de comprar el cielo. Bien empleado nos pone en posesión de Dios. Si en un momento podemos ganar el cielo y en un momento podemos perderlo todo y condenarnos, si es de tanto precio, ¿que precio o qué valor no tendrán las horas, los días, los meses, los años bien empleados y toda la vida del hombre...!

El tiempo en si mismo, apreciado por horas, días y años no es nada; pero considerado como medio de adquirir la virtud y llegar a la eternidad feliz, o sea, a la posesión eterna de Dios, es de un precio inestimable. ¡Cuántos días y quizá cuántos años hemos pasado pecando! ... No basta ahora decir: Ya han pasado... Han pasado ciertamente para nosotros; pero no ante Dios, y nos pedirá cuenta estrecha de ellos... ¡Cómo no hacer penitencia y mudar inmediatamente de vida!

Uno de los pecados mayores que podemos cometer es perder los momentos preciosos de tiempo que Dios nos concede para hacer el bien. Por eso el apóstol nos dice: *"Mientras disponemos del tiempo, obremos el bien"* (Gál. 6,10).

El célebre obispo Bossuet refiere que el reloj de la escuela a la que él asistió de pequeño, llevaba en la esfera esta inscripción: *Transeunt et imputantur* (que quiere decir: "Las horas pasan y no son tenidas en cuenta"). Esta inscripción le impresionó tanto que le movió a hacer fecundas todas las horas de

su vida, llegando a ser muy sabio y virtuoso.

“Todo llega, todo pasa... sólo Dios permanece. Tiempo perdido son los minutos, las horas, los días y los años que no hemos vivido para Dios... Hay que darse prisa, la vida es muy corta, y cada día que pasa es un día más que nos acerca a la verdadera vida” (Hno. Rafael).

Si tuviéramos presente este pensamiento: “¡Se vive una sola vez!”, estaríamos haciendo siempre algo útil, estable y constructivo, sin perder un segundo de tiempo, poniendo nuestra mirada fija en lo establece y eterno.

¿Cómo hemos de emplear el tiempo?

Para emplear bien el tiempo es preciso hacer en cada momento lo que Dios nos pide que hagamos en él, evitando siempre la ociosidad, siendo ante todo cumplidores de nuestro deber, de las obligaciones cotidianas que tenemos..., no haciendo cosas reprensibles, sino buenas y estar en estado de gracia para que sean meritorias para el cielo.

El buen empleo del tiempo exige que tratemos de agradar a Dios en todo. Dios no recompensa sino lo que se hace por El. Si se obra por amor a sí mismo o a las criaturas, se pierde tiempo y trabajo. En vano hacían los fariseos obras buenas: Jesucristo dijo que no recibirían recompensa alguna, porque obraban por complacer a los hombres y no

a Dios. Y ¡cuántos méritos se pierden de esa manera!

Además es preciso hacerlo todo lo mejor posible. Dice el Espíritu Santo: *Haced con perfección todas vuestras obras* (Eccl. 33.15). Hacer las cosas con negligencia e imperfección, cuando creemos hacerlas por Dios, es faltar al respeto que a Dios se debe; mientras más alto es el personaje a quien servimos, mayor perfección debe emplearse en su servicio.

“¿Para quién ejecutáis esa acción?”, dijo un día San Ignacio de Loyola a uno de sus novicios negligente en su deber. “Lo hago para Dios”, respondió el hermano. “Tanto peor, replicó San Ignacio; si la hicieráis para mí, os perdonaría; pero ya que la hacéis para Dios, no tienen excusa vuestra negligencia y poco celo”.

Tomemos la resolución de economizar el tiempo, empleándolo siempre en algo útil; evitando las conversaciones y lecturas frívolas y todo aquello que nos haga malgastar el tiempo. El servidor de Dios debe orar siempre o trabajar o pensar en las cosas, que miran a lo eterno; pero jamás perder un segundo de tiempo.

III – LA ETERNIDAD

Vive para la eternidad

¡Eternidad! Pensar en la eternidad, dijo San Agustín, que era un gran pensamiento, y decía: “Unid vuestro corazón a la eternidad de Dios, y seréis eternos como El” (In. Ps. 92). Este fue también el pensamiento de Santa Teresa de Jesús, el que llenó su mente desde niña, y así exclamaba en el huerto de su casa y repetía: ¡Eternidad, eternidad, eternidad...!

Y San Luis Gonzaga valoraba las cosas de este mundo a la luz de la eternidad, y así solía decir: “¿Qué es esto, o qué vale con relación a la eternidad?”...

Sólo Dios es esencialmente eterno. El salmista lo dice así: *“Desde el principio fundaste tú la tierra, y obra de tus manos es el cielo; pero éstos perecerán, y tú permanecerás..., tú siempre el mismo, y tus años no tienen fin”* (102, 26-28).

Sólo Dios es eterno, porque siempre ha existido, existe y existirá. El no tiene principio ni fin.

¿Qué es, pues, la eternidad? La eternidad en sí es una *duración interminable*, es decir, una duración sin principio, sin fin y sin sucesión o movimiento.

El tiempo se compone de horas, días, meses, años y siglos.

La eternidad es dueña de todos los siglos, esto es, abarca todos los tiempos y no tiene partes, de tal modo que cien siglos no son ni una pequeñísima parte de la eternidad. La eternidad es *ausencia de años...*, es lo interminable.

¿Qué es la vida más larga? La vida más larga son unos ochenta años, pues si vivimos más tiempo, no es la vida lo que tenemos, sino una larga muerte. ¡Y cuántos hombres no llegan a aquella edad! Llegan muy pocos, y ¿qué son 80 años y aun mil, comparados con la eternidad? ¡Oh, eternidad, qué larga eres..., pues aunque pasen cientos y miles de años, nunca tienes término!

Todos estamos de paso, y muy pronto caeremos en la eternidad como en un abismo sin fondo y sin orillas, en una duración sin fin. ¡Para siempre...! ¡Qué poco pensamos esto...! Todos debemos valorar nuestra vida presente a la luz de la eternidad.

Estamos a las puertas de la eternidad, y no pensamos que podemos entrar en ella, ya desde la niñez, cuando menos lo pensemos... “*Si supiera el padre de familia en qué hora había de venir el ladrón estaría ciertamente alerta*”, pues ¡cuál ladrón nos sorprenderá la hora de entrar en la eternidad...!

Pensemos en la eternidad

El pensamiento de la eternidad eleva a los hombres, y así lo decía San Gregorio Magno: “Cuando los hombres virtuosos arden en deseos de eternidad, se elevan a tan gran altura de vida, que es para ello, un peso insoportable hasta el oír hablar del mundo, pues miran como intolerable todo lo que es extraño a lo que aman... y cuando aman las cosas eternas más las comprenden” (In Moral).

“Dormís, dice San Ambrosio, y vuestro tiempo marcha y se va” (Serm.) ¿Y a dónde os lleva este tiempo tan rápido? A la eternidad...

¡Oh, eternidad!, qué grande eres, qué inmensa, preciosa y feliz! ¡Y sin embargo, cuántos hombres te olvidan; ¡Cuán pocos hay que sepan tu valor y sepan apreciarte! Nadie te penetra, y pocos te pesan...!

Muy bien, dice San Gregorio: “Si buscamos bienes, amemos los que tendremos sin fin, y si tememos los males, temamos los que los réprobos sufren eternamente” (Lib. 6, Epist. 190).

Vivamos para la eternidad

Debiéramos repetir lo que el célebre pintor Xeu-xis decía: “Trabajo para la eternidad, vivo para la eternidad” (Anton. in Meliss).

Trabajemos en la obra de una vida santa para la eternidad... Echamos aquí en la tierra el dado que

ha de decidir de nuestra eternidad, y de nosotros depende echarlo bien. Una vez arrojado, ya no puede recogerse...

Creemos..., estudiemos..., vivamos..., trabajemos para la eternidad... Antes de cada acción, pensemos y digamos para nosotros: Trabajo para la eternidad: trabajaré, pues, y viviré santamente, a fin de imprimir en mi alma y en mi exterior la imagen y la idea de la virtud, de tal manera que Dios y los ángeles, y los hombres puedan alabar mi conducta.

Pensaré, obraré y hablaré como quisiera haber pensado, hablado y obrado durante la eternidad...

La eternidad es ¡para siempre! ¿Cómo darnos una idea? Si un pajarito trasladase cada mil años un granito de arena de la tierra a los astros, ¿qué cantidad de tiempo necesitaría para trasladar toda la tierra? y entonces ¿habría llegado la eternidad a su fin? No. Pensemos que la eternidad no tiene principio ni fin. ¡Para siempre! Puedo entrar en la eternidad cada momento... ¿Cuál será mi eternidad? ¿Feliz o desgraciada...? De cada uno de nosotros depende. El Señor nos dice: "*Estad preparados*"...

Sembremos alegremente el bien

¡Qué cosa más bella es ser constantes en la práctica del bien y sembrarlo a nuestro alrededor en todo momento!

Por tu parte, "sé —en medio de tantos odios—

una sonrisa de bondad y de amor... Haz fecunda tu existencia haciendo alegremente el bien. Que al morir no puedan decir de ti que pasaste por el mundo sin haber hecho nada provechoso.

Pasan los hombres, las cosas y el tiempo..., pero la obra del que pasa haciendo bien a todos, al igual que hacía Jesucristo, no pasa jamás. *"La memoria del hombre justo será eternamente celebrada"* (Sal. 111,6).

La Escritura Santa nos enseña que la vida presente no es término de nuestros deseos, ni centro de nuestra felicidad, sino que es un lugar de preparación para la eterna, para una vida futura y mejor. ¿Por qué nos apegaremos tanto a lo que presto hemos de dejar?

La brevedad de la vida debe hacernos reflexionar para trabajar en cada momento en la adquisición de la virtud, en hacer obras buenas. porque las buenas o malas que hiciéramos en esta vida serán las únicas que acompañarán nuestras almas inmortales y por ellas seremos juzgados (Apoc. 14, 13; Rom. 2,6).

No corramos tras las cosas vanas

Hay hombres que andan tristes porque ponen su felicidad en los bienes de la tierra, que han de dejar a otros, y naturalmente en ellos no la pueden hallar. El mundo es redondo y nuestro corazón es triangular, y todo el mundo no se puede adecuar o encajar en nuestro corazón, que tiene ansias de felici-

dad infinita y no se ve satisfecho con lo que el mundo le ofrece. Y por eso el Sabio dice que vanos son los placeres terrenos” porque hastían el corazón nacido para Dios, y vanas las riquezas y honores, por que no llenan el corazón del hombre nacido para cosas mayores.

“En comparación de los bienes eternos todo es vano, hasta los bienes temporales” (S. Greg. M.), y por la misma razón Kempis nos dice: “Todo es vanidad fuera de amar a Dios y servirle”. Bien merece recordar el comentario que hace el escriturista Cornelio A. Lápidé al comenzar el Eclesiastés: “Yo, el Eclesiastés, elevando mi mente hasta el cielo, y desde la altura del sol contemplando en espíritu la tierra y cuanto hacen los hombres: sus trabajos y ocupaciones, negocios y afanes, veo que son cosas vanas y de ninguna utilidad y fruto, por cuya causa me compadezco de ellos, y lleno de conmisericación clamo:

¡Oh miseros mortales! Veo vuestras obras, vuestras fábricas, vuestras ciudades, provincias y reinos y, lo que es más, toda la tierra, que es a manera de un punto si se compara con la vasta amplitud de los cielos; os veo andar, trabajar y vivir afanados y llenos de cuidados, como las hormigas para reunir unos pocos granos y ocultarlos para los días venideros.

Os veo en esto pasar la vida. A todos, pues, y a cada uno grito: “Vanidad de vanidades y todo vanidad”: vano es todo lo que trabajáis, en vano

consumís vuestras fuerzas; porque de todo vuestro trabajo nada, a no ser un poco alimento, conseguís, el cual sin trabajo tienen las aves y los animales del campo. “¿*Qué le aprovecha al hombre ganar todo el mundo si pierde su alma?*” (Mt. 16, 26).

Si el hombre trabaja únicamente para el tiempo, vano es su trabajo, siendo así que ha nacido para trabajar y vivir para la eternidad.

Imitemos a los que saben vivir bien

El ideal de esta vida es vivir preparado para la eterna... La manera de vivir de las gentes del mundo es muy diversa de las que siguen una vocación religiosa o viven entregados de lleno al servicio de Dios.

Hoy, en general, queremos vivir muy aprisa, nos afanamos demasiado y nos agitamos en vano, como dice el salmista (38,7). Parece que no tenemos tiempo de pensar en las cosas serias y nuestra vida presente se desliza rápidamente entre innumerables bagatelas; mas las almas religiosas para su mayor bien, suelen pensar más detenidamente en el valor de la vida presente y especialmente en el de la futura a la que nos dirigimos.

No quiero decir con esto que todos debieramos ser religiosos, pues siempre tiene que haber sacerdotes y seglares, almas consagradas a Dios y casadas en el mundo; pero si digo que piensan más en Dios son más felices porque gozan de la libertad de los

hijos de Dios, pues son más libres de las ataduras del pecado y de las pasiones y del apego a este mundo.

“Los religiosos, dice San Bernardo, son ángeles de la tierra y hombres del cielo. Tienen en verdad su cuerpo en la tierra, pero el alma, el espíritu y el corazón en el cielo...”

El alma religiosa que se decida más de lleno a servir a Dios va vaciándose del mundo y dejándolo todo, es decir no apegando su corazón a nada vive en una esfera sobrenatural, antesala del cielo en el que espera entrar al término de esta vida.

No hay duda que es una gran dicha la que Dios concede a las almas que siguen una vocación de entrega su servicio; más son pocas las almas que esto comprenden, pues si lo comprendiesen se verían abarrotados los conventos y casas religiosas, y en vez de estar éstas casi desiertas lo estaría el mundo.

En fin, seamos cristianos consecuentes, pues si lo fuéramos, despreciaríamos los bienes vanos y pasajeros de la tierra, y pondríamos nuestra esperanza y contento únicamente en los bienes eternos.

Piensa en esto: Todo lo que no sirve para la eternidad es vanidad. Ahora trabaja sin descanso haciendo el bien, porque “la eternidad es bastante larga para descansar”.

Hay infierno eterno y cielo eterno

Es de fe que “después de la muerte de cada hombre, su alma es recibida al momento, o en el cielo, o en el infierno o en el purgatorio..., según la disposición de cada uno” (*Concilio de Florencia*).

El infierno existe y es eterno. Jesucristo dice: *Irán estos* (los impíos) *al suplicio eterno, y los justos a la vida eterna* (Mt. 25, 41 ss). San Pablo asegura que los réprobos serán condenados a penas eternas (2 Tes. 1,9), y en el Apocalipsis leemos que el diablo y sus secuaces *serán atormentados día y noche por los siglos de los siglos* (Apoc. 20,10).

“Los que hayan hecho obras buenas irán a la vida eterna; aquellos, en cambio, que hayan obrado el mal, irán al fuego eterno” (Símbolo Atanasiano).

En el infierno hay un fuego corporeo y material que atormenta a los espíritus de un modo admirable y verdadero (S. Jer. y S. Agustín). Los condenados arderán en aquel fuego como la zarza de Moisés sin consumirse.

El Dios omnipotente, porque es misericordioso, no se deleita con los tormentos de los condenados; mas, porque es justo, nunca deja de castigar a los inicuos. Todos los malvados son castigados mediante su propia iniquidad (S. Agustín).

No es Dios quien nos arroja en el infierno; somos nosotros mismos los que nos precipitamos en él con nuestros pecados (S. Cura de Ars). Muchos dicen que Dios es Padre e infinitamente misericor-

dioso y no puede castigar con un infierno eterno; mas diremos que Dios es infinitamente misericordioso y también infinitamente justo, y si uno rechaza a Dios y blasfema de El, si muere sin arrepentimiento, él es el que se separa de Dios y se condena. Si uno cierra la ventana de su casa para que no entre en ella la luz del sol, ¿quién tiene la culpa de que no le alumbre?

El cielo o vida eterna

“Toda la Sagrada Escritura, afirma San Agustín, nos exhorta a desprendernos de la tierra y a dirigir nuestras miradas al cielo, en donde se halla la verdadera y suprema felicidad” (Lib. de Civit.). *El cielo es la morada de Dios y de los santos que parten de este mundo.* La Escritura nos habla frecuentemente del cielo, y dice que “por muchas tribulaciones hemos de entrar en él” (Hech. 14, 21).

El cielo es un estado de felicidad inenarrable, ya que el apóstol dice: “ni el ojo vió, y el oído oyó, ni vino a la mente del hombre lo que Dios tiene preparado para los que le aman” (2 Cor. 12,4)..., ¡cuántas cosas bellas hemos visto, cuánta hermosura en el firmamento, en la naturaleza, en las grandes ciudades! y sin embargo, a pesar de tantas maravillas que hemos visto, oído y concebido, todo palidece ante la grandeza y felicidad del cielo, la cual consiste en la visión beatífica de Dios, en la posesión perfecta de todo bien; en la carencia de

todo mal y en su duración eterna: *“Los justos irán a la vida eterna”* (Mt. 25, 46).

El cielo es nuestra verdadera Patria

Ya hemos dicho con San Pablo que “no tenemos aquí una ciudad fija, sino que vamos en busca de una que es eterna” (Heb. 13, 14). El cielo es nuestra morada y a ella aspiramos (2 Cor. 5, 1). Somos peregrinos y huéspedes sobre la tierra (Heb. 11, 13). La tierra, dice San Agustín, no es más que un destierro, “una cárcel”; y, sin embargo, esta cárcel es ya bella y agrada; ¿qué será, pues, la patria?) ¡De conf. vit.) “¡Cuán vil y despreciable me parece la tierra, cuando miro al cielo!”, exclamaba San Ignacio de Loyola.

El cielo es el premio eterno que Dios tiene preparado para los que sirven y le aman en esta vida: *“Alegraos y regocijaos, porque es grande vuestra recompensa en el cielo”* (Mt. 5, 12).

Aspiremos a la visión y posesión de Dios, el Sumo Bien, fuente de todos los bienes.

Camino que conduce a la felicidad eterna

Uno de los medios principales que tenemos para alcanzar la vida eterna es la guarda de los mandamientos divinos. Jesucristo lo dijo así: *“Si quieres entrar en la vida eterna, guarda los mandamientos”* (Mt. 19, 17), y ¿qué nos dicen sus mandamientos?

Ama a Dios sobre todas las cosas, ama a tu prójimo como a ti mismo, santifica las fiestas, no mates, no robes, sé casto... Este es el camino que conduce a la verdadera felicidad: la vida eterna.

La felicidad es el problema central de nuestra vida. Todos queremos ser felices. Dios ha puesto en el centro de nuestro corazón ansias infinitas de felicidad, ¿quién no ha deseado ser feliz? No hay duda que la felicidad existe; pero ¿dónde está?

Si la felicidad fuese un bien de la tierra, la hallaríamos principalmente en las riquezas, en los honores y en los placeres; pero todo es engaño y vacío en estas tres cosas por no satisfacer el corazón del hombre. Lo reconoció San Agustín, cuando hastiado de los placeres de la tierra y mirando al cielo, exclamó: "Nos hiciste Señor para Ti, e inquieto está nuestro corazón hasta que no descanse en Ti". Lo reconoció también Salomón quien amontonó riquezas más que nadie y gozó de toda clase de placeres, y nos dice que donde parecía encontrarse la felicidad, no halló sino vanidad y aflicción de espíritu. Por eso dijo Kempis: "Vanidad de vanidades y todo vanidad, fuera de amar a Dios y servirle".

Eva Levaliére, joven actriz de estos últimos tiempos, corría tras los placeres y diversiones mundanas, y dijo: "Tengo todo cuanto se puede tener y ambicionar para ser feliz, y sin embargo soy la más desgraciada de las mujeres"; mas vuelta a Dios por el arrepentimiento y una sincera confesión

dijo: "Nunca he sido más feliz que el día que encontré a mi Dios".

El hombre busca la dicha en las pasiones; pero seguirlas es pecado, y la dicha no se halla en el pecado. "Aunque el alma lo ignore, la sed del alma es siempre sed de Dios... El sumo gozo es el placer inmaculado del amor" (Gar-Mar).

PIENSALO

Piensa bien que has de morir:
Piensa que hay gloria e infierno,
bien y mal y todo eterno
y que a juicio has de venir.

Ponte ahora a discurrir
tu vida y modo de obrar,
y que ahora sin pensar,
si te diese un accidente
que murieses de repente,
¿dónde irías a parar?

Piensa bien lo que te digo,
trata de enmendarte fiel,
mira que aún este papel
será contra tí testigo;

A que no olvides te obligo:
muerte, juicio, infierno y gloria;
deja toda vanagloria.
y con cristiano talento,
no hagas loco pensamiento
de una tan cuerda memoria.

¿El tener has presumido
en la postrer ocasión
un dolor de contrición?
¡Muy pocos le han conseguido!
Y aunque alguno le ha tenido,
¿quién, dí, tan loco será
que a tal riesgo se pondrá
y cosa tan importante
dejará para un instante
que no hay otro si se va?

Si de una gran cantidad
con cuenta errada te hallaras
¿para ajustarla aguardaras
a estar con enfermedad?

Pues cómo tu voluntad
mal entendida no advierte
y de un negocio tan fuerte
que te importa eterna vida
¿quieres la mayor partida
dejarla para la muerte?

Cierto, no puedes saber
lo que es del mundo salir
harto harás en resistir
sin que tengas más que hacer.

No digas: Nadie ha vuelto del otro mundo

Algunos dicen: “Yo no creo que haya otra vida,
pues nadie ha vuelto de allá”.

Mas esto no es cierto y se equivocan, porque Je-

sucrismo, que es Dios y quiso hacerse hombre para vivir entre los hombres, nos dijo claramente que existe el infierno. En la parábola expuesta del rico Epulón “que se abrasaba en el infierno”, nos refiere que el rico rogó a Abraham que mandase un mensajero a avisar a sus cinco hermanos para que cambiasen de vida y no fuesen a parar a aquel lugar de tormento, y Abraham le respondió: “Ya tienen a Moisés y a los profetas, que los escuchen.”

El rico le respondió: “No padre Abraham; si, en cambio, fuese a ellos uno de entre los muertos, se arrepentirían”. El le dijo: “Si no escuchan a Moisés y a los profetas, no harán caso ni aunque un muerto resucite.” (Lc. 16,19 ss.).

Solemos pensar que la vista de un “milagro” sería suficiente para producir una conversación absoluta. Jesús nos muestra aquí que ésta es una ilusión, y que la conversión viene de la Palabra de Dios escuchada con rectitud. La fe, dice San Pablo, viene del orila (Rom. 10, 17).

Hoy podemos decir a los de nuestra generación, que piensan como el rico Epulón, lo mismo que le dijo Abraham, porque Moisés y los profetas eran los que les explicaban la palabra de Dios, y actualmente son el Papa, los obispos y los sacerdotes, predicadores del Evangelio de Cristo: “Ahí tenéis a éstos, que son los que os anuncian esa palabra de Dios contenida en el Evangelio. Si a estos no creéis para convertirlos, tampoco creeríais aunque un muerto resucitase”, y los culpables de vuestra perdición seréis vosotros.

IV – PENSAMIENTOS SALUDABLES

(los que hemos de tener presentes para ser felices en esta y en la otra vida).

1.º Nuestra Patria no está en la tierra

Pio XII dijo un día este bello pensamiento: “En esta tierra de lágrimas no tenemos ni ciudad permanente (Heb. 13, 14) ni patria eterna. Todos somos en la tierra desterrados y peregrinos; nuestra patria está en el cielo, más allá del tiempo, en la eternidad, en Dios”.

Las cosas de la tierra hay que dejarlas aquí al morir. Si el rico no puede llevar sus riquezas consigo, la felicidad no la puede hallar en ellas ni en las cosas que tienen fin. Poner nuestro pensamiento en las cosas de la tierra y no en las del cielo es una locura. *“Dentro de poco tiempo he de abandonar la tienda de mi cuerpo”* (2 Ped. 1, 14... y por eso dice San Agustín: “El que quiere ser feliz, encamínese presuroso al reino de los cielos”).

Consecuencia: Si no podemos llevar con nosotros las riquezas de este mundo, si la muerte nos va a despojar de ellas, de los palacios y casas, fincas y negocios, ¿para qué afanarnos tanto por lo que he-

mos de dejar? Está bien que usufructuemos rectamente con paz y alegría de las cosas de esta vida como administradores de ellas, pero sin apegar el corazón a lo que es pasajero y efímero.

2.º Vivamos desprendidos y haciendo el bien

Es cierto que uno de los medios conducentes a la vida eterna es el desprendimiento del corazón de las riquezas y hacer obras de caridad, pues por ellas Dios nos tiene preparado su reino eterno, y por lo mismo nuestra dicha terrena está en venerar en los pobres, en los enfermos, en los que sufren, a Jesús, porque El se esconde bajo el harapo de los pobres y necesitados, ya que El dice: *“lo que hacéis a uno de éstos, a Mi me lo hacéis”* (Mt. 25, 40).

“Jesucristo quiere que le alimentéis para alimentaros; quiere que le déis vestidos para vestiros. Despreciad, pues el dinero para no ser despreciados; para llegar a ser ricos, dad con largueza; para recoger, sembrad a imitación del labrador” (S.J. Crisóstomo).

La limosna es el más lucrativo de los negocios, pues libra del pecado y consigue el premio de la vida eterna. “Dad pan y recibiréis el Paraíso; dad poco y recibiréis mucho; dad lo que es perecedero y recibiréis lo eterno” (S.J. Crisóstomo).

3.º Lo que nos dice la experiencia

La gloria de las riquezas no brilla en las mesas espléndidas, sino en los socorros distribuidos a los desgraciados... Las riquezas que damos a los pobres son nuestras y nos salvan; acumuladas y encerradas, se nos escapan y pierden. El que tenga cubiertas sus necesidades debe darlas a los pobres.

Yo confieso a mis lectores que en mi juventud fui muy apegado al dinero, tal vez fuese porque no tenía nada, y tenía poco conocimiento del valor de las cosas; pero a medida que me iba empapando del conocimiento de las Escrituras Santas y empecé a dar algo, iba viendo que entre más daba, más recibía, y yo hallaba gran contento en ir dango algo de lo que poseía, y reconocí el valor de aquel dicho de Jesucristo: *“Hay mayor dicha en dar que en recibir”* (Hech. 20,35). Haced la prueba.

También hallé ciertas estas palabras de San Clemente de Alejandría “Las riquezas afluyen a las manos de los que las distribuyen con largueza.”

Es necesario que tengamos muy presentes las lecciones que Dios nos da en la Biblia. Nosotros hemos nacido desnudos y por tanto nuestros bienes son de Dios. *Si las riquezas vienen a vuestras manos, no apeguéis vuestro corazón a ellas”* (Sal. 62, 11). Las riquezas de la tierra no son verdaderas.

Hay que ir dejando el lastre de este mundo, ya que *nada trajimos al mundo y nada podemos llevarnos de él* (1 Tim. 6, 7). “Hemos nacido para cosas

mayores...”

Todo lo de este mundo es temporal y pasajero; por eso es menester aspirar a las riquezas imperecederas y eternas... El cielo se compra con el desprendimiento. *“Bienaventurados los pobres en el espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos”*. *No atesoreis riquezas en la tierra... atesorad para el cielo...*” (Mt. 5, 3; 6, 19-21), haciendo buenas obras.

4.º La lectura de la Biblia

He reconocido que la lectura asidua de la Biblia ha obrado en mi un gran cambio, y más al reconocer que la “Biblia es palabra de Dios” y que en ella el mismo Dios nos habla y nos exhorta a cada paso a obrar bien. (Esto me ha movido a presentar ya cuatro clases de Biblias para niños y mayores a fin de hacer el bien posible a todos). A este fin dice San Agustín: “Leed las Escrituras porque en ellas encontraréis lo que debéis practicar y lo que debéis evitar. “Cuando lees la Escritura, Dios te habla”. “La Escritura de Dios tenía que permanecer como autografo de Dios, para que puedan leer los transeuntes y mantenerse en el camino de la promesa.”

Todos podemos ver que si uno miente, la Biblia le dice: *“El Señor abomina los labios mentirosos”* (Prov. 12, 22). Si murmuramos, nos dice: *“Preservaos de la lengua mal hablada”* (Sab. 1, 11). *“Los que murmuran son aborrecidos de Dios”* (Rom. 1, 30).

—Si hago o intento hacer una cosa impura o robar, la Biblia clama diciendo: *“Los que viven según la carne no pueden agradar a Dios”* (Rom. 8,8). *La voluntad de Dios es que seáis santos, absteniéndose de la impureza...* (1 Tes.) *“Ni los fornicarios, ni adúlteros, ni los ladrones, ni los avaros... poseerán el reino de Dios”* (1 Cor. 6, 9-10—.

—Dios nos dice en la Biblia: *No blasfemes, santifica las fiestas, no robes, no mates, no adulteres...* y ante estos mandamientos ¿nos atreveremos a seguir quebratándolos? Al darnos sus mandamientos nos dice: Yo pongo ante vosotros la vida y la muerte, la bendición y la maldición, escoged... La bendición y la vida feliz si vais por el camino de mis mandamientos, y sino recaerá sobre vosotros la maldición... (Léase cap. 28 Dt.)

“Amad la ciencia de la Escritura y no amaréis los vicios de la carne” (S. Jerónimo). *“Todo cuanto está escrito en la Biblia para nuestra enseñanza fue escrito”* (Rom. 15,4).

La lectura de los Libros Santos nos es muy necesaria para la vida espiritual, porque “es tanta la eficacia que radica en la palabra de Dios, que es, en verdad, apoyo y vigor de la Iglesia, y fortaleza de la fe para sus hijos, alimento del alma, fuente pura y perenne de vida espiritual” (DV/ Vat. II).

5.º El valor del sufrimiento

Por Adán, el primer hombre, entró el pecado en

el mundo y con el pecado el dolor, el sufrimiento y la muerte (Rom. 5, 12).

Aprender a sufrir es la más grande y más útil asignatura de la presente vida, y esta asignatura se aprende de un Maestro: de Jesucristo en la cruz.

“El misterio del dolor humano se esclarece contemplando el misterio del dolor divino” (Gar-Mar).

Cristo sufrió y murió... y triunfó del dolor y de la muerte, pues resucitó para nunca más morir... Nuestro camino es el de Cristo: Sufrir y morir juntamente con El para triunfar resucitado y así gozar eternamente con El.

Notemos que *“Cristo padeció por nosotros; dándonos ejemplo para que sigamos sus pisadas”* (1 Ped. 2, 21), y que El nos invita a seguirle con estas palabras’ *“Quién no carga con su cruz y me sigue, no puede ser mi discípulo* (Lc. 14, 27).

Jesucristo vino a redimirnos y santificó el dolor, y fue precisamente al padecer y morir por nosotros, y ahora quiere que con alegría participemos de su pasión, uniendo nuestros dolores a los suyos, para que cuando se descubra su gloria, gocemos también con El llenos de júbilo (1 Ped. 4, 13).

San Pablo llegó a decir que por amor a Cristo sentía satisfacciones en sus enfermedades, ultrajes y persecuciones (2 Cor. 12, 10), *“pues por la momentánea y ligera tribulación nos prepara un peso eterno de gloria incalculable”* (2 Cor. 4, 17).

Al ver que Cristo inocente sufre y se ofrece en sacrificio para redimirnos de nuestros pecados, se

comprende que los santos se abracen a la cruz y digan como una Santa Teresa de Jesús: “Padecer o morir”; como un San Juan de la Cruz: “Padecer y ser despreciado por ti”; como Santa M.^a Magdalena de Pazzis: “Padecer, no morir”... o como un S. Pablo: “*Lejos de mi gloriarme en otra cosa que no sea la cruz de Jesucristo*” (gál. 6, 14).

Lo esencial es “saber sufrir” y no perder el mérito y la recompensa del sufrimiento que es muy grande, pues “*si padecemos juntamente con Cristo, con El seremos glorificados*” eternamente (Rom. 8, 17).

Cuando se sufre debemos hacer intención de sufrir por Cristo y unir nuestros dolores a los de Cristo para ser portadores de méritos redentores (Pablo VI).

Los padecimientos del tiempo presente no son nada en comparación con la gloria que ha de manifestarse en nosotros (Rom. 8, 18).

Hemos de reconocer que Dios todo lo dispone y ordena para nuestro bien, y así a nuestros sufrimientos podemos asignar una de estas causas: ser castigo, expiación y enmienda de nuestros pecados; desprendimiento de las criaturas; prueba de las almas justas; salvación para todos...

El sufrimiento es herencia de los buenos: “*No es el siervo mayor que su señor... Si a Mi me han perseguido, dijo Jesucristo, también os perseguirán a vosotros*” (Jn. 13, 16.20).

Todos los que quieren vivir piadosamente en

Cristo Jesús, padecerán persecuciones (2 Tim. 3, 12).

Dios prueba a las almas justas con el dolor: *“El Señor castiga al que ama, azota a todo el que recibe por hijo”* (Heb. 12,6). “Cuando Dios envía a un alma, sin culpa suya, grandes sufrimientos, señal clara es que pretende elevarla a gran santidad” (S. Ign. de Loyola).

“Padecer y callar; éste es el camino más corto y perfecto para ser santos” (S. Pablo de la Cruz), o como decía Santa Teresita: “Amar, sufrir, siempre sonreír”.

“La vida religiosa es una cruz y el que quiere vivir en ella con perfección debe estar crucificado” (S. Pablo de la Cruz).

“No hay hombre alguno que esté libre de la tribulación o congoja en este mundo, aunque sea el rey o el mismo Papa” (Kempis). Todos hemos de tener nuestra cruz en esta vida, y todo está en saberla llevar.

Juan XXIII al morir dijo: “Sufro mucho, mucho, pero sufro con amor. Me he alegrado de lo que se me ha dicho: Vamos a la casa del Señor”.

¡Sufrir y no hacer sufrir!, he aquí el lema de la santidad. *“Por muchas tribulaciones hemos de entrar en el reino de los cielos”* (Hec. 14, 21).

El horno prueba los vasos del alfarero, y a los hombres justos la tribulación Eclo. 27, 6).

“Las tribulaciones no son castigo para condenarnos, sino medicina para salvarnos” (S. Agustín).

6.º Esperemos la vida eterna

El labrador vive con la esperanza de recoger el fruto de la tierra que ha sembrado (Sant. 5, 7-8); así nosotros hemos de vivir esperando aquella vida que Dios ha de dar a los que no abandonan su fe. Vivimos con la esperanza de la vida eterna porque ha sido prometida por el mismo Dios que no miente (Tito 1,1-2), y porque El que nos la ha prometido es fiel a sus promesas (Heb. 10, 23). *Esta es la promesa que El nos hizo, la vida eterna* (1 Jn. 2, 25).

Nuestro cuerpo es llamado una “casa” y una “tienda” con relación al alma que lo habita. Un día será destruido por la muerte, pues es móvil e inestable como las tiendas del desierto que se lleva consigo según se va peregrinando...; mas nos espera una mansión eterna: el cielo.

El apóstol San Pablo nos lo dice así:

“Sabemos, en efecto, que si nuestra casa terrena, que es una tienda, se deshace; nosotros tenemos un edificio que es obra de Dios, una morada eterna que no ha sido construida por mano de hombre y que está en el cielo.

Y en verdad mientras estamos en esta tienda o actual cuerpo gemimos anhelando sobrevestirnos de nuestra celestial habitación, con tal que seamos hallados vestidos y no desnudos (de buenas obras). Y, realmente, los que estamos en esta tienda, gemimos agobiados, porque no queremos ser despojados, sino sobrevestidos, a fin de que lo que es mortal

sea absorbido por la vida. Y Dios es el que nos ha formado para esto mismo, dándonos las arras del Espíritu.

Por eso nosotros estamos siempre llenos de confianza sabiendo que mientras vivimos en el cuerpo somos peregrinos lejos del Señor, porque caminamos por la fe y no por visión. Sin embargo confiamos y nos complacemos mucho más en salir de este cuerpo, para poner nuestra morada, o sea, vivir junto al Señor. Por esto ambicionamos, ya presentes, ya expatriados, serle agradables. Pues es necesario que todos nosotros comparezcamos ante el tribunal de Cristo, para que cada uno obtenga la recompensa de lo que ha hecho bueno o malo en esta vida (2 Cor. 5, 1 - 10).

Hemos, pues, de vivir anhelando ser sobrevestidos de nuestra morada del cielo, y “no fijando nuestros ojos en las cosas que se ven (o sea, no apegándonos a ellas), sino fijándolos en las que no se ven; porque las que se ven son temporales, más las que no se ven, son eternas” (2 Cor. 4, 18).

7.o La presencia de Dios

Todos debemos caminar hacia Dios bajo su mirada, pues *“no hay criatura invisible a su vista; todas las cosas están patentes y desnudas a sus ojos”* (Heb. 4, 13). Dios es tu Señor y tu juez. Podrás escapar de la policía; pero de El no.” *¿A dónde irás que te alejes de su presencia?* (Sal. 139, 4). El hom-

bre no se puede ocultar en escondrijo alguno sin que Dios lo vea (Jer. 23, 23).

“La presencia de Dios es un remedio contra todos los vicios” (S. Basilio). “Pecad donde estéis seguros que no está Dios. ¡Ah! Ningún lugar hay fuera de este Ser infinito” (S. Bernardo). Hemos de procurar ser felices en ésta y en la otra vida sobre todo, y lo seremos mientras vivamos en gracia y amistad con Dios.

“El que de veras ama la vida y quiere vivir días dichosos, refrene su lengua del mal (1 Ped. 3, 10). Todos tropezamos en muchas cosas, mas ‘el que no peca con la lengua es persona perfecta’ (Sant. 3, 2).

Es necesario fijar nuestra mente en lo inmutable y eterno. La inconstancia y mutación de la vida humana debiera movernos a aspirar a la eterna que Dios nos tiene prometida. Esta mutación se refleja en estas palabras de Job: *“El hombre nacido de mujer vive poco tiempo y repleto de muchas miserias; nace como la flor, luego se marchita y se desvanece como la sombra, y no permanece en un mismo estado (14,1 - 2),* porque hoy está sano y mañana enfermo, ahora alegre y luego triste, hoy le agrada una cosa y mañana le desagrada, se le ve reír y llorar casi al mismo tiempo según las cosas adversas o prósperas... Son constantes sus variaciones, y por eso la Iglesia nos dice: “Que entre las mundanas variedades, allí estén fijos nuestros ojos *donde están los gozos verdaderos y eternos*”.

En conclusión: *“Ten presente a Dios los días de tu vida, guárdate de pecar, observa sus preceptos... “(Tob. 4, 5). “Anda en mi presencia —dijo Dios a Abraham— y serás perfecto” (Gén. 17, 1). Sólo se peca cuando se pierde de vista a Dios. La presencia de Dios es camino de la perfección y el que nos conduce a la consecución de la eterna felicidad, porque el centro de la felicidad es Dios.*

8.º Himno a la misericordia de Dios

En Dios todo es grande, todo es infinito, pero entre todos los atributos el que más resplandece es el de la misericordia: *“Su misericordia —dice el salmista— está sobre todas sus obras” (144,9).*

Mar sin fondo y sin orillas es la misericordia de Dios que nos rodea a los pecadores. ¡Pobres de nosotros si así no fuera! Ante las miserias del pecado, nada más consolador que meditar sobre la misericordia divina.

La Escritura Santa nos dice: *Clemente y misericordioso es el Señor... y su misericordia se derrama sobre todas sus criaturas (Sal. 145,8). Se compadece de nosotros y hace como que no ve nuestros pecados por esperarnos a penitencia (Sab. 11, 24 ss).*

Nadie debe desesperar ante la vista de sus pecados por grandes que hayan sido. Por mi parte diré que al ver mis muchos pecados y meditar en la misericordia Dios, comprendo que le haría una nueva ofensa si desconfiara de ella, y esto lo debe sentir

todo pecador.

Pues ¿a qué vino Jesucristo a la tierra? *A salvar a los pecadores?* (1 Tim. 1, 15). Y la prueba más grande de que nos ama es que murió por nosotros. Así lo dice San Pablo:

La prueba más grande de que Dios nos ama es que Cristo, siendo nosotros pecadores, murió por nosotros... Si siendo enemigos, fuimos reconciliados por Dios por la muerte de su Hijo, mucho más ahora reconciliados ya, seremos salvos en su vida'' (Rom. 5,8).

En esto hemos conocido el amor que Dios nos tiene, en que El dio su vida por nosotros (1 Jn. 3, 16). *Cristo padeció por nosotros... y llevó nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero de la cruz... y por sus heridas hemos sido curados* (1 Ped. 2, 21-22).

Estando crucificado en el Calvario, se vengó de sus enemigos, de los que blasfemaban de El y le insultaban (y que nos representaban a los pecadores) con la oración y el perdón: *“Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen* y con infinita paciencia permaneció en la cruz con los brazos abiertos para abrazar a amigos y enemigos.

En la Biblia también vemos que el Señor dice con juramento: *Por mi vida que yo no quiero la muerte del pecador, sino que se convierta y viva. Volveos, volveos de vuestros caminos... La iniquidad no dañará al impío cuando se convierta..., pues si el impío se convierte de su pecado y practica la,*

equidad y la justicia..., ninguno de sus pecados que haya cometido será recordado contra él" (Ez. 33, 11 - 16).

Dios también nos dice por medio del profeta Isaías: *Cesad de obrar mal, aprended a hacer el bien..., aunque vuestros pecados fuesen como la grana —si os volvéis a mi, si os purificáis—, quedarán blancos como la nieve...*" (Is. 17-18).

Si preguntamos por qué Jesucristo vino a este mundo y sufrió una pasión ignominiosa, no hallamos otra razón que la gran misericordia divina: *"Tanto amó Dios al mundo que le dio su Unigénito Hijo..., para que el mundo sea salvo por El"* (Jn. 3,16 - 17).

Jesucristo, la Misericordia de Dios personificada, espera que los pecadores nos volvamos a El arrepentidos. El, que perdonó a Magdalena, a la samaritana y a la mujer adúltera, y a tantos que blasfemaban como el llamado luego el Buen Ladrón, y a un Pablo de Tarso y a un San Agustín de Hipona, que después fueron santos, también nos ofrece a todos el perdón.

¿Qué hemos de hacer ahora los que tanto hemos ofendido a Dios, y nos ha perdonado, sino entonar un cántico a la misericordia de Dios?

"Alabad al Señor porque es bueno, porque su misericordia no tiene término" (Sal. 135).

"Alabad al Señor todas las gentes, alabadle todos los pueblos..." (Sal. 117).

Hasta el que vive en la inocencia y no ha man-

chado su alma con el pecado mortal, ¿no tendrá que entonar un cántico a la misericordia de Dios, que le ha preservado de caer en él?

Nadie debe presumir y confirmarse en el mal precisamente porque Dios es bueno, porque Dios, si bien es paciente, también castiga (recuérdese que *lloró* sobre Jerusaleén, y porque no obedeció, fue castigada); pero jamás desesperamos, porque la misericordia de Dios es mayor que nuestras miserias.

“Señor, el remedio de mis continuas miserias habrá de ser siempre vuestra misericordia” (A. Amundarain).

Cada uno de nosotros bien podemos movernos a decir con el profeta David: “*Cantaré, Señor, eternamente tus misericordias*” (Sal. 89,2).

9.º Glorifiquemos a Dios

La única razón de nuestra vida es glorificar a Dios porque somos hechura suya y de El dependemos, y glorificar a Dios es conocerle, amarle y servirle.

Dios es eternamente feliz y no necesita de nada, y si El quiere ser glorificado es para nuestro bien. “La gloria de Dios es gloria nuestra... No crece Dios con nuestras alabanzas, sino que crecemos nosotros. No se hace mejor si tu le alabas, ni peor si le vituperas; pero tu alabándole te haces mejor; y vituperándole te haces peor; El seguirá siendo bueno como lo es ahora” (S. Agustín).

San Juan Crisóstomo dice: "Por puro amor Dios nos ha creado y todo lo demás por amor a nosotros". Y San Ambrosio: "Dios golpea sin cesar a las puertas de nuestro corazón. Si no penetra, la culpa es nuestra". No abandones a Dios, y verás como El no te abandonará jamás.

La vida es para buscar a Dios; la muerte para encontrarle; la eternidad para disfrutar de El. Gran desdicha para el que no sabe acertar.

Dios es el único ser necesario. Tu no eres imprescindible. Cuando muere un Papa, otro le sucede. Cuando tu mueras, el mundo seguirá igual, y, si no eres santo, acaso siga siendo mejor.

CONCLUSION

Después de meditar el valor de la vida presente, del tiempo y de la eternidad, y de considerar también el valor del dolor y del desprendimiento de las cosas de este mundo, teniendo presente la infinita misericordia de Dios para con nosotros, todo cristiano en su condición de peregrino sobre la tierra y de viajero hacia la Patria verdadera y eterna que nos espera, debe "*vivir siempre alegre en el Señor*" como nos dice San Pablo, y "*siempre alegre*" en medio de las cruces y tribulaciones que

Dios quiera enviarnos, ya que como El nos revela *“por muchas tribulaciones hemos de entrar en el reino de los cielos”*.

La muerte que nos espera en breve no es término de esta vida, sino el comienzo feliz de una vida que es eterna, donde no habrá jamás lágrimas ni dolor.

Ante la muerte no hemos de estar tristes *“como los que no tienen esperanza”*, pues *“ésta es la promesa que Dios nos hizo, la vida eterna”* (1 Jn. 2,25), y Dios *“no miente”* (Tit. 1,1).

La muerte es *una liberación* de los males y dolores de este mundo, es *la llave* que nos abre las puertas del cielo.

La muerte es como un túnel que se nos presenta algo oscuro; más al salir de él nos adentramos en una región de luz, de belleza y de felicidad indescriptible donde están la Santísima Virgen y todas las almas justas y santas que nos han precedido.

No perdamos de vista que *“no tenemos aquí una ciudad fija, sino que vamos en busca de una que es eterna”* (Heb. 13, 14).

L.D. et B.V.M.